

Introducción

Luisa Campuzano

EN SU TÍTULO ESTA RECOPIACIÓN ASUME COMO DIVISA UNA DE LAS DOS parejas de adverbios con las que Alejo Carpentier, cual demiurgo capaz de manejar todo el devenir, todo el espacio, se instalaba en una muy caribeña encrucijada de edades y paisajes –*entonces y ahora, acá y allá*–. Su elección me la impuso la variedad de nacionalidades, lugares de enunciación, enfoques y formación de los críticos y estudiosos de su obra que he conocido hace pocos o muchos años en muy disímiles sitios y circunstancias, y a quienes invité a participar en este proyecto, que quiere ser además, un homenaje a Klaus Müller-Bergh, Roberto González Echevarría, Alexis Márquez y Araceli García-Carranza, reconocidos carpenterianos evocados tácita o explícitamente en muchas de estas páginas. Mas, en verdad, el título también podría orientar el acercamiento de los lectores a este volumen como tránsito por las distintas geografías por las que discurren la biografía, la narrativa y las lecturas de Carpentier.

Nacido el 26 de diciembre de 1904 en Lausana, de padre francés y madre rusa que poco después se asentarían, más o menos definitivamente, en La Habana, Alejo Carpentier creció y se educó en esta ciudad, en las décadas que precedieron al estallido de una vanguardia constituida al calor de la maduración simultáneamente política y cultural de una generación sometida a dos presiones: la corrupción de gobiernos dependientes de los Estados Unidos y herederos de los vicios del poder colonial, por una parte; y la mezcla de curiosidad intelectual, inquietudes políticas, desprecio a concepciones morales y religiosas caducas, con que

una temprana modernización tecnológica, educacional y hasta cierto punto social, había contribuido a conformar las mentalidades cubanas. De ese fermento de vanguardia cultural y política forma parte activa Carpentier desde antes de cumplir veinte años, y es en prisión, y procesado por la llamada causa de los comunistas que, para evadir la condena a destierro que le sería impuesta por su condición de extranjero, adquiere una falsa documentación según la cual habría nacido en La Habana.

Sin duda uno de los principales forjadores de la cultura moderna en Cuba, para la que rescató tempranamente el legado africano; compañero de ruta de vanguardias americanas y europeas, a las que siguió en parte de su recorrido; comprometido más de lo que se conoce con la causa de la España republicana; Carpentier redimensionó la historia del Caribe al inscribirla crítica y creativamente, desde la perspectiva subversiva de sus lecturas a contrapelo de la documentación canónica, en el contexto de la historia mundial, inaugurando, con *El reino de este mundo*, la nueva novela histórica latinoamericana. Considerado uno de los iniciadores de la narrativa del boom –término que él rechazaba–, a la que aportó textos paradigmáticos como *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*, así como algunas de sus poéticas más productivas –lo real maravilloso y el neobarroco–; fue también, con *Concierto barroco* y *El arpa y la sombra*, uno de los autores más creativos y tempranos del post-boom.

El breve artículo de Sergio Chaple con que se inicia este volumen nos informa –con la parquedad impuesta a quien sólo ha sido autorizado a citar determinados pasajes– de la rica correspondencia inédita –como casi toda la suya– de Carpentier con José Antonio Fernández de Castro, de los primeros años pasados por él en Francia, y particularmente del proceso de creación de su primera novela: *Écue-Yamba-Ó*. Por ello, a más de lo que leemos en su texto, y de lo que advertimos entre líneas, celebramos y compartimos el deseo de Chaple de que finalmente sus estudiosos puedan acceder a la vastísima papelería carpenteriana, no en vano conservada minuciosamente por un autor consciente tanto de la importancia del oficio y del respeto que le merecía su trabajo, como del valor que la misma tendría para los críticos de su obra.

A continuación, tres trabajos que abordan dos de los más importantes relatos de Carpentier, recogidos en *Guerra del tiempo: “Viaje a la semilla”* y *“El camino de Santiago”*. Del primero de estos textos, sin dudas uno de los ejemplos más notables de la narrativa del siglo xx, se ocupan José Miguel Sardiñas e Inmaculada López Calahorro. Esta última, filóloga clásica, autora de un reciente libro sobre las relaciones de la obra de

Carpentier con el mundo grecolatino, propone una lectura de “Viaje a la semilla” a partir de la presencia del mito de la regresión, del tiempo invertido tal como aparece en Teopompo y Platón, y, consecuentemente, de su vinculación con la Edad de Cronos o Edad de Oro referida por Hesíodo, que en este caso apunta a una utopía hacia el pasado. Sardiñas, autor de varios títulos sobre literatura fantástica hispanoamericana, se propone demostrar, a diferencia de la mayoría de sus estudiosos anteriores, cuyos criterios debate ampliamente, que este relato se explica mejor a partir de sus afinidades con una narrativa maravillosa *sui generis*, que con la fantástica, dadas “la causalidad mágica que lo preside y la aceptación de lo insólito como parte de lo posible...” Barbara Fiorellino, por su parte, propone que “El camino de Santiago”, inscrito tanto por su autor como por la crítica en la estela de la picaresca, comparte con la literatura fantástica la ambigüedad del doble, y tiene como asunto central la formación de una nueva identidad, ya no española, pero todavía no americana, a través de una iniciación.

Haití ocupa un lugar relevante en la biografía de Carpentier y en sus textos. Su viaje a ese país en 1943 da un giro definitivo a su obra, con el descubrimiento del Caribe como gran escenario de la historia universal, tal y como se construye en *El reino de este mundo*. Irlemar Chiampi, en un largo ensayo en que actualiza sus estudios anteriores sobre Carpentier y el surrealismo, aborda la relación del realismo mágico propuesto por el famoso prólogo de esta novela con la teoría de lo *merveilleux* de Breton, y la significación de Pierre Mabilie como mediador en este tránsito de ideas entre Europa y el Caribe, subrayando la importancia decisiva para este proceso, de lo maravilloso popular de las religiones afrocaribeñas y de la experiencia histórica y antropológica de la cultura latinoamericana. Antonio Melis, por su parte, estableciendo un contrapunto entre el capítulo VIII de *El reino de este mundo* y su prólogo, revela cómo la contrapuesta percepción de la ejecución de Mackandal, por los franceses y por los esclavos, vista como muerte por unos, y como liberación y metamorfosis por otros, tiene implicaciones que en el campo de la epistemología se relacionan con los planteos de Wittgenstein, a partir de su lectura de *La rama dorada*, en torno a la dicotomía verdad / mentira y a la imposibilidad de abordarla al margen de los sistemas culturales correspondientes. Louis-Philippe Dalember, dejando a un lado la valoración meramente temática de la presencia negra en la narrativa de Carpentier, desarrolla, desde tres puntos de vista, cómo la significación del negro en nuestro autor es, *stricto sensu*, esencial. Desde la perspectiva psicoanalítica, porque vinculado biográficamente a su infancia, el negro contribuye a que se entienda a sí

mismo al entenderlo a él, en el marco de las relaciones de exclusión e inclusión de una sociedad para la que también Carpentier, aunque blanco, es otro. Desde la identitaria, pues es a través de la presencia *fáustica* del negro que el autor del prólogo de *Los pasos perdidos* formula en parte su construcción de la americanidad. Y desde la perspectiva ética, ya que su cuestionamiento de la esclavitud y de sus consecuencias están en la base de un discurso “portador de las nociones de justicia social y racial, de civilización y de humanidad”.

Los frecuentes recorridos del Carpentier instalado en París desde 1928, por ciudades españolas en la primera mitad de la década de los treinta, aparecen referidos en decenas de crónicas escritas por él para la prensa habanera, y lo familiarizan de tal modo con su historia y sus espacios, que España llega a ser, después de Cuba, el escenario más visitado por su narrativa. En tiempos de la guerra civil, defendió activamente, desde el exterior, la causa republicana, y participó como delegado al II Congreso internacional de escritores antifascistas en defensa de la cultura, reunido en varias ciudades españolas en julio de 1937. En Valencia y por esa fecha comienza la trama de *La consagración de la primavera*, novela en la que desarrolla, después de años de intentos frustrados, el tema de la revolución cubana, a partir de las experiencias previas de sus protagonistas, Vera y Enrique: para ella, la revolución rusa, de la que huyó cuando niña; para él, la causa de la república española, por la que está luchando cuando ambos se conocen. En su artículo, Julio Rodríguez Puértolas, autor de la edición crítica de esta novela y editor de las crónicas españolas de Carpentier, documenta y analiza, a partir de una amplia bibliografía sobre el tema, las relaciones de *La consagración de la primavera* y las crónicas, así como las experiencias y memorias de la guerra de nuestro novelista.

La mera enunciación de algunos títulos de importantes ensayos y compilaciones sobre la obra de Carpentier da cuenta de la trascendencia que en la misma tienen los mitos, que no sólo contribuyen sustancialmente a la estructuración de algunas de sus novelas, sino que sustentan la formulación de su poética de lo real maravilloso, establecida a partir de la percepción de los valores míticos de la historia latinoamericana, y hasta sirven de tema a uno de sus relatos: “Los advertidos”, donde concurren los protagonistas de mitos de distinto origen relativos al diluvio universal. Pero, según sabemos, Carpentier es también, como cultivador de la novela histórica del post-boom, un desacralizador de mitos. Así pues, mientras que Jean-Pierre Paute y Margarita Mateo, en sendos ensayos dedicados a valorar, desde diversas estrategias y adoptando disímiles límites, la importante presencia de los mitos en *Écue-Yamba-Ó* y *Los pasos perdidos*,

respectivamente; Emilia Yulzarí se ocupa del Carpentier des-mitificador de Colón en *El arpa y la sombra*.

Visualidad y teatralidad son, junto con la música, competencias, dotes y materias fundamentales de toda la obra de ficción de nuestro autor, quien fuera también pianista, compositor, musicalizador a ratos, estudiante de arquitectura, dramaturgo, así como crítico de artes plásticas, escénicas y música. Esta experiencia, adquirida sobre todo en sus primeros años, se volcará en sus textos narrativos y en sus crónicas y ensayos. Graziella Pogolotti, tras recordar la intensa relación de Carpentier con los renovadores de la plástica cubana, su encuentro con el muralismo en México, la prolongación de su diálogo con los artistas cubanos en París, las enseñanzas del surrealismo, y, más adelante, las crónicas y reseñas sobre los sucesivos cambios e innovaciones en las artes del siglo xx que escribe, durante décadas, primero en Europa y luego en Caracas, pasa a ilustrar la significación que en sus novelas y relatos alcanzan las imágenes, su composición, su cromatismo, y en sentido general, la visualidad, junto con la teatralidad, para organizar y dinamizar la trama narrativa, lo que trata *in extenso* en su análisis de *El siglo de las luces*. Vicky Unruh, en su abordaje del reconocido papel del teatro y, en particular, del performance –aspecto que ella domina ampliamente– en el mundo cultural de Carpentier, hace un recorrido paralelo. Aborda, primero, sus experimentos teatrales vanguardistas, y luego, su encuentro en Europa con los grandes renovadores de la escena y los artículos que escribe sobre ellos; para por último ocuparse de la construcción eminentemente teatral de sus novelas, como sabemos apenas dialogadas, pero en las que hay “un dramático diálogo de percepciones” entre los protagonistas-espectadores. La presencia de la ópera tanto en la crítica como en la narrativa de nuestro autor, y su emblemática función en una de las más sugerentes formulaciones de su estética: *Tristán e Isolda en Tierra Firme*, son tratadas por Roberto Méndez en un breve pero muy documentado artículo.

Para el Carpentier de los sesenta, la tarea mayor de los novelistas latinoamericanos era la de inscribir sus ciudades en la literatura universal, la de abolir la concepción de América latina como un vasto espacio en estado de naturaleza. Y esas ciudades donde se desarrolla la trama de sus novelas y relatos, ciudades que comienzan a levantarse, conservando los rasgos de sus modelos europeos –*El reino de este mundo*–, de un lodo que por mucho tiempo será el pavimento de sus calles –“El camino de Santiago”, *El siglo de las luces*–, se irán expandiendo primero –*Los pasos perdidos*– como una sucesión de estratos cronológicamente paralelos al desarrollo de la historia local, o crecerán súbitamente con altísimos edificios levantados

sobre las ruinas de las construcciones coloniales –la Caracas de *La consagración de la primavera*–. A las múltiples dimensiones de la ciudad en la narrativa de Carpentier, y especialmente a su (re)descubrimiento de La Habana, dedica María Cecilia Graña su agudo ensayo. Benito Pelegrín, autor de importantes libros sobre el barroco, ofrece una lectura desde códigos arquitectónicos y musicales, y documentada en otros textos ensayísticos y crónicas de Carpentier, de *La ciudad de las columnas*.

Genética, género, génesis. La construcción de dos personajes femeninos, Ruth y Mouche, en el taller del escritor que reescribe tres veces *Los pasos perdidos*; el obsesivo afán de documentación del desacralizador de Cristóbal Colón, son los temas de los trabajos de Luisa Campuzano y Carmen Vásquez. La primera, con los manuscritos de *Los pasos perdidos* y otros documentos de la época, reconstruye el proceso de creación de estos personajes en función de las fobias y proyecciones del narrador, y a partir de las motivaciones, reticencias y tachaduras del autor. La segunda, privilegiada auxiliar de Carpentier para la búsqueda y obtención de la caudalosa información de todo tipo que requería para una novela, narra las distintas estaciones de la preparación y escritura de *El arpa y la sombra*.

Para el conocedor de la extensa bibliografía que se ocupa de la obra narrativa de Carpentier no resultan escasos, sino todo lo contrario, los ensayos dedicados a estudiar sus vínculos con autores de diversas lenguas y de todos los tiempos, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. A esa larga lista se añaden tres trabajos que recogemos en este volumen. Rita De Maeseneer explora la tensa y muy larga relación de Carpentier con Rubén Darío, denostado, alabado, saqueado y parodiado por nuestro autor. George B. Handley, a partir de una lectura paralela de *¡Absalón, Absalón!* y *El siglo de las luces*, indaga en torno a las miradas de William Faulkner y Alejo Carpentier al gran Caribe –que, como sabemos incluye al Sur estadounidense–, sacudido por las revoluciones francesa y haitiana, y a las consecuencias del perverso legado colonial y esclavista de las plantaciones. Leonardo Acosta, que hace años había propuesto una inteligente lectura de *Los pasos perdidos* en contrapunto con el *Doctor Fausto* de Thomas Mann, ahora resume en un largo ensayo el contenido de su reciente libro sobre las relaciones entre esa novela de Carpentier y *Bajo el volcán*, de Malcom Lowry.

El artículo testimonial de Ambrosio Fornet que cierra el volumen nos regresa al Carpentier hombre con el que comenzamos, sólo que más de treinta años después, a pocas semanas del inicio de 1959, y del triunfo de la revolución que lo trae de vuelta a La Habana, donde pondrá en función

de su condición de director de la recién creada Editorial Nacional de Cuba sus experiencias de obsesivo lector e inteligente crítico de la literatura universal.

A lo largo de décadas, con los consabidos altibajos y demandas del mercado, la obra de Alejo Carpentier ha permanecido abierta a sucesivas y plurales lecturas, ha promovido estudios, traducciones, recreaciones, apropiaciones, transposiciones a otros códigos; ha invitado a gentes de muy diversas latitudes a frecuentar sus páginas; y se ha mantenido invariablemente fresca en los catálogos de las editoriales y en los programas de las universidades. La más reciente de estas multiplicaciones de cursos, congresos, reediciones, monografías, recopilaciones, se ha producido con motivo de su centenario, en 2004. A ese *revival* –palabra que tampoco le habría gustado a Carpentier– conmemorativo, sumamos este volumen, algunos de cuyos trabajos fueron escritos y leídos con motivo de esos festejos. Que la jovialidad –“alegría y apacibilidad dignas de Jove”– que ha presidido siempre nuestros encuentros, charlas, cartas, emails sobre Alejo –así lo llamamos sus estudiosos–, acompañe también a este libro.

Agradezco la colaboración valiosísima de Maritza Alonso y de Concepción Díaz-Páez, quienes me ayudaron en el proceso de corrección dactilográfica de los manuscritos, así como en el establecimiento de una primera versión de bibliografías para aquellos ensayos y artículos que carecían de ellas. Le doy igualmente las gracias a José Miguel Sardiñas, por su preciosa ayuda en la etapa de revisión y unificación de los variados criterios de notación y bibliográficos propios de un volumen que reúne contribuciones de origen tan diverso; y también les agradezco su cooperación a quienes en Washington University continuaron con estas enfadosas tareas.

